

MICRORRELATOS

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

CEPA FELIPE II
CURSO 20-21

HASTÍO

- ¿Puedes ayudarme con estas cajas?
- No, estoy muy cansado.
- ¿Cansado? ¿cansado, dices? Si llevas días ahí, tumbado en el sofá, sin hacer nada de nada.

Lenta y perezosamente cogió las cajas; eso era más fácil que expresar el hastío de vivir.



JULIA GAMAZO

MÁSCARAS

Entro en casa, y veo que otra vez ha dejado colgada en el perchero la parte alegre y optimista de la máscara de teatro.

Empequeñezco mientras un frío aterrador recorre mi cuerpo. En el salón, sentada, está la otra parte de la máscara: la gris, la triste, la malhumorada.

A la mañana siguiente, despierto. Todo está luminoso, impoluto y entreveo una bata blanca acercándose.

- ¿Cómo estás?

- Lo siento, doctor; soy muy torpe. Me caí por la escalera.



(JULIA GAMAZO)

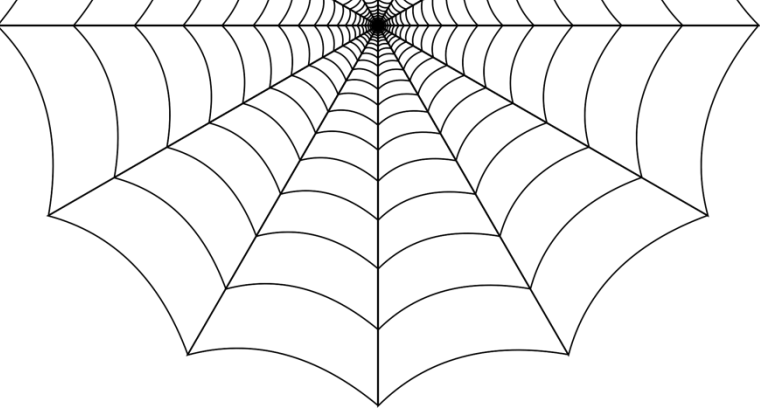
AROMA DE CAFÉ



Cuando me llamaste, hacía tiempo que no nos veíamos. Enseguida nos dijimos al unísono: ¿Quedamos y tomamos un café? ¡Cómo nos gusta charlar de nuestras cosas y reírnos de todas las anécdotas de nuestra juventud! A las dos nos gusta saborear siempre una buena taza de café y sentir su aroma. Ese café que nos hace revivir aquellas tardes de invierno, cuando el frío era intenso en la cafetería de Paco, después de nuestras clases en la Universidad.

De pronto, tras unos cuantos abrazos y un silencio corto, tu sonrisa perpetua se torna en una mueca y tus ojos reflejan un cúmulo de sensaciones. Una llamada en tu móvil lo hace vibrar encima de la mesa. No sabes qué hacer, lo miras y ves el mensaje. Te pregunto quién es. "Es Jesús", me respondes. "Nos estamos divorciando. No me deja tranquila".

Seguimos conversando, apurando el último sorbo de nuestro café. Las mismas de entonces. Y tú, tan diferente. ANA M^a ROALES



ATRAPADA BAJO LA SUTIL TELA DE ARAÑA

Érase una vez una diminuta araña que entró sigilosamente por debajo de la puerta. Fue buscando un lugar fresco y discreto pasando inadvertida.

Un buen día, mis ojos se posaron en su rincón descubriéndola mientras tejía su trampa. Me miró con ternura y yo me apiadé de ella.

Así continuó, día tras día, semana tras semana. Como un reloj de cuco, aparecía siempre a la misma hora: al caer la tarde, como si de una cita se tratase. Asomaba su cabecita y, durante unos minutos, permanecía quieta.

Yo la miraba sin pestañear, mientras permitía que su red cada vez creciera más y más. ¿Estaría hipnotizada?

Así llegamos al verano, yo ya no acudí a su cita, poco a poco fuimos desconectando.

Una mañana al despertarme estaba hinchada, dolorida y con un fuerte dolor en el brazo; había caído en su trampa.

Entendí lo que había ocurrido, pero ya era demasiado tarde.

ASUNCIÓN CAÑAS

EL SECRETO

Al principio no me di cuenta de lo que era, pero en cuanto entré en la casa supe que algo extraño había ocurrido allí.

Al abrir la puerta, lo primero que vi fue un abrigo colgado en el perchero, unas huellas de barro y resto de comida en el suelo.

Mientras caminaba por la casa, iba observando el escenario. Un aura oscura y silenciosa envolvía el lugar y un olor incierto, pero repugnante, se extendía por aquella estancia.

De repente, un frío atravesó mi espalda haciendo que se erizara mi vello. Mi corazón latía a un ritmo desmesurado y mi rostro se contrajo en un gesto de dolor y horror.

Allí estaba de pie, mirando aquel cuerpo, llena de sangre, con tanto odio como desprecio le tuvo casi toda su vida.

Silencio, nada más que silencio.



ANA MARÍA ROALES URUEÑA



JUEGO DE MANOS

Jardines de Luxemburgo. El mariscal Dupray y su bella esposa tienen una cita con Napoleón. Este avanza hacia ellos con paso firme, su mano derecha en la guerrera; la otra, detrás de su espalda.

- ¿Por qué llevará siempre las manos escondidas el emperador? -susurra ella al oído del mariscal.

Al llegar a la altura del soberano, los dos se inclinan respetuosamente.

Saca entonces el monarca la mano derecha de su pecho y, con una pequeña pistola, dispara mortalmente al hombre, que cae fulminado. Luego, sacando la otra mano de su espalda, ofrece con gesto galante a la esposa horrorizada una flor.

LOREN CALVO

EL CAFÉ

Era una tarde cualquiera del mes de mayo. Hacía desagradable. Por eso, acabé en una cafetería. Fue allí donde le vi. Habían pasado al menos diez años desde que lo nuestro terminó. Estaba muy cambiado. Su cara reflejaba cierto cansancio y su mirada estaba vacía. Como siempre, estaba solo. Los amigos le duraban poco; los amores, también. Me hubiera gustado preguntarle si era feliz, pero preferí marcharme. Al fin y al cabo, yo tampoco lo era.



AMPARO DÍEZ BARAJAS

UN MAL DÍA



Si un día malo te miras al espejo y ves una cara que dan ganas de llorar, le dices tres veces: "Guapa, guapa, guapa". Seguro que tu rostro no cambia, pero te habrás marcado un pasodoble de puta madre.

LOLA PRIETO

AL ALBA

Corren tiempos revueltos. Una pareja de enamorados se despide en su última noche. A él le fusilarán a la mañana siguiente por sus ideas políticas.

Mientras ella piensa en todo lo que les queda por hacer, él la contempla a la luz de la luna.

En el horizonte, los primeros rayos de sol anuncian que está despertando el alba. Se oye un disparo. Un corazón deja de latir y otro late estrepitosamente.



SOL GERBOLÉS

EL SUEÑO

En sueños, el niño vio unos brazos que lo arrullaban, pero, al despertar y ver aquel árbol de Navidad lleno de regalos, su sueño se hizo trizas, sus ojos se humedecieron y lloró. Y lloró.



PILAR DOMÍNGUEZ

EL DUELO

Ese día no había ido a la escuela y alguien le había vestido de domingo. ¡Qué raro! Papá estaba en casa ya. Llegaron las señoras y lo empezaron a besar, mientras susurraban algo que no entendía.

Se echó escaleras arriba. Abrió el cuarto de sus padres y suspiró aliviado. Mamá estaba aún dormida. Pero, ¿por qué estaba tan fría?



MUJER TENÍA QUE SER

La fiel Penélope esperó veinte años a Ulises. Crio a su hijo Telémaco y cuidó a sus suegros, mientras su astuto y disoluto esposo, de vuelta



a Ítaca, se echaba de nuevo al mar y una amante en cada puerto.

Pasó el tiempo y Penélope comenzó a tejer un velo de luto. En estas llegó Ulises.

Sin mediar palabra, acabó con todos los pretendientes okupas. Exultante, se volvió hacia su esposa:

- ¡He vuelto, amor mío!

Esta le fulminó con la mirada:

- ¡Ya era hora! Yo, llevando el reino y tú, de vacaciones en el mar con tu odisea. Llegas sin avisar, matas a diestro y siniestro, dejándome el salón del trono hecho un asco. ¿Sabes lo que te digo? Aquí tienes a tus padres y al adolescente de tu hijo. ¡Arréglatelas como puedas!

Y se marchó e hizo de su velo un sayo.

LOREN CALVO

SOLEDAD

¿Por qué no me hablas?

Ayer por la noche ya no me dijiste nada. Estoy muy sola. No recibo visitas de mis hijos; siempre están muy ocupados. Me acuesto y siento en mis oídos el galopar de mi corazón; otra vez la taquicardia. No estoy preparada para tu ausencia. La soledad me oprime, me asfixia. Tantos años juntas y ahora vas y te apagas. Un día sin ti es muy largo. Adiós, compañera.



Y el técnico se llevó la televisión.

PILAR GALLEGO

LAZOS ROTOS

Llegas y no me hablas. Triste y acongojada pongo la cena. Tu mirada solo existe para la televisión. En la cama me acompaña mi soledad. ¿Hasta cuándo me vas a castigar por mi traición?



PILAR GALLEGO

EL POZO

La madre, fatigada por la crianza de todos sus hijos, encargó a los dos medianos cuidar del bebé. Los niños lo envolvieron en una mantilla y salieron con él a la calle. Querían jugar y lo dejaron encima de la tapadera del pozo, mientras saltaban y reían.



Al volver a casa, la madre preguntó por el bebé. Los hermanos se llevaron a la vez las manos a la boca. Lo encontraron flotando dentro del pozo.

SARA TEJEDOR

LA LLAMADA



Cuando descolgué el teléfono, en lugar de ofrecerme fibra óptica, para que Internet fuera como un rayo, me dijeron que pidiera un deseo para hacer un mundo más justo. Y yo,

que siempre he creído que lo tenía muy claro, debí de demorarme en dar una respuesta.

Cuando decidí contestar, habían colgado.

AMPARO DÍAZ BARAJAS

MI PUEBLO



Aquí estoy, esperando tras un árbol para pillarlo desprevenido, rodeado de majestuosos pinos piñoneros y verdes encinas.

Una alfombra de hierba y oloroso romero cubre el lecho de mi pinar. Debajo de las tamujas, nacen niscalos y ricas setas de gran calidad. Muchas veces vengo por aquí, con mi cesta de mimbre y, si no hay setas, se llena de piñas de negral.

Este es el paisaje que rodea a mi pueblo. Que nadie lo toque. Así que aquí estoy, con la escopeta cargada, esperando al pirómano. No le van a quedar ganas.

LOLA PRIETO

ENTRE HOJAS

Tardé días en pensar por dónde empezar a vaciar la casa de mis padres. Me resultaba doloroso deshacerme de tantas cosas que ellos habían guardado y amado a lo largo de tantos años. Revisando sus libros, me llamó la atención uno, "División 250", ese era su título. Entre sus páginas, había una fotografía en blanco y negro, amarillenta por el paso del tiempo. En ella tres soldados sobre una motocicleta, reían y, detrás de ésta, una chica rubia, de pie, con la mano derecha sobre el hombro del que aparentemente conducía. En este soldado reconocí a mi padre. Di la vuelta a la foto y en ella había escrito: "Rusia -1943. Ninguno debió morir. Katia, mi amor". Entonces recordé aquel día, cuando mis hermanos y yo éramos aún niños, en que amaneció nevado. Bajamos corriendo al jardín, en pijama, mientras mi madre nos gritaba que nos pusiéramos el abrigo. Fue entonces cuando vi la cara de mi padre cubierta de lágrimas a través de la ventana.

ISABEL SACRISTÁN

LA BUENA VECINA

Una tarde lluviosa y triste, las farolas empiezan su danza mortecina y las sombras toman las calles. La dueña del café observa a un joven que se lleva de vez en cuando la taza a los labios y se queda ensimismado, mirando a la puerta. Cada vez que se abre, se sobresalta y, a continuación, se encoge al borde del sollozo. En su semblante se ve el abandono y la soledad, como si una losa le oprimiera.

Termina su café y sale a la calle, mirando a ambos lados sin saber dónde dirigirse. Al final, se encamina hacia su casa solitaria.

Al llegar, se quita los zapatos y el gabán, dispone la mesa para preparar la cena y, en ese momento, algo le llama la atención: su vecina de enfrente, con una taza humeante en las manos, le invita con un gesto a acompañarla. Mira al cielo y ve cómo un tímido sol se hace sitio entre las nubes.

MARISA QUIRÓS

LOS QUE SE FUERON A LA PORRA



Cuantas
veces me
vienen a la
memoria las
sentenciosas
palabras de
mi madre

cuando, siendo yo chico, me lamentaba:

"Carlitos se ha ido a estudiar a Valladolid, a Luisito le mandan al seminario ..." Así, uno a uno, iban desapareciendo mis amigos de la infancia, pero ella siempre me decía lo mismo: "No te preocupes, hijo. Déjales, ique se vayan a la porra! Tú, aquí, en tu pueblo, donde mejor estás y nunca te faltará de nada."

Y aquí, me quedé, en el pueblo más bonito, a la ribera del Duero, disfrutando de su hermoso paisaje. Pero ... ¡Qué solo estoy, madre! ¡Que solo me han dejado los que se fueron a la porra!

JOSE LUIS MAYO

LOBO

Va subiendo al monte, sin prisa, saboreando ese dulce olor a higuera y tomillo, ese aire que la envuelve, ese sol que va reflejando sus colores en el cielo. Es luna nueva, noche cerrada. De pronto, oye unos pasos, un aullido y unos ojos miel se paran frente a ella.



Siempre le han dicho que respire tranquila, que aguante la mirada. Cuando cree que el pánico se va a apoderar de ella, siente los pasos que se alejan y la mirada se pierde en la oscuridad.

SOL GERBOLÉS

EL AZAR

Hace unos años viajé con mi marido y unos amigos a Estocolmo. Era el mes de agosto y llegamos en plena celebración del Festival del Agua.

Nos habían recomendado subir en globo para disfrutar de las vistas de la ciudad desde el aire, pero, al llegar, solo quedaban dos billetes, que cedimos a nuestros amigos, mientras nosotros nos fuimos a disfrutar del espectáculo desde la ciudad vieja.



Encontramos un lugar perfecto, desde donde se disfrutaba de una puesta de sol maravillosa, con

decenas de globos multicolores que flotaban en el cielo transparente y en el mar los barcos dejaban brillantes estelas. Estábamos embrujados por la escena, envuelta en una agradable música cuando vimos que uno de los globos caía en el mar de manera estrepitosa. En él viajaban nuestros amigos.

DORY SANTANA

LO QUE NO FUE

Lucía está sentada junto a su ventana, con la labor en las manos. Mira hacia la calle, cierra los ojos y, en sus recuerdos, ve a ese muchacho que conoció en la romería de la virgen de mayo.

Todos los días, pasaba frente a su ventana, dando un rodeo por medio pueblo para llegar a su casa, miraba hacia arriba y ella se escondía tras los visillos, que impedían el cruce de miradas.

En su pensamiento, él ocupaba la mayor parte de su tiempo, pero fue entonces cuando su familia se trasladó a la ciudad.



Ahora, Lucía ha regresado al cabo de los años. Esta mañana se ha acercado a la consulta del Dr. Martín. Nada más entrar, se han encontrado y han intercambiado un saludo escueto, aunque sus miradas han sido mucho más

expresivas. Con ellas se han transmitido la nostalgia de lo que no fue.

DORY SANTANA

SOLEDAD

Estoy sentada junto a la ventana, delante del ordenador, tratando de escribir un relato sobre la soledad y no se me ocurre nada. Levanto la vista y observo a la gente que pasa por la calle, con la compra, paseando a un perro, con un cochecito de bebé...

Me llama la atención María, una vecina que camina con andador y va acompañada por Rosa, su cuidadora. Se sientan en un banco.

Rosa deja una carpeta entre las dos. Seguramente



son papeles del banco o del médico. La cuidadora se pone a trastear con su móvil. Al cabo de un rato, María la mira disgustada,

coge la carpeta y la tira al suelo. Rosa se disgusta, hace un gesto de desdén, recoge los documentos del suelo y después, toma del brazo a la anciana y se van. En el rostro de María se asoma la soledad.

SARA TEJEDOR

